

EL HELENISMO COMO GENEROSIDAD.
ALGUNOS RECUERDOS DE ANTONIO LÓPEZ EIRE

Conocí a Antonio López Eire a finales de 1992, durante su segunda estancia en México, cuando asistí a los cursos de traducción de griego, que tomaba para completar los muchos créditos que aún me faltaban para terminar la licenciatura en filosofía, la cual estaba cursando por no querer ni poder hacer otra cosa. Fue así que, como complemento, se me sugirió que asistiera a algunas lecciones de ese curso, el cual creía que estaba muy por encima de la competencia que tenía o podría tener.

La verdad sea dicha: no me había hecho muchas expectativas pero, al no tener nada mejor que hacer, pensé que, en el peor de los casos, simplemente podría dejar de asistir, lo cual en todo caso era lo que se esperaba que hiciera. Recuerdo que, desde la primera lección, me pareció que ese profesor invitado era todo menos lo que yo había esperado, y que, lejos de ser un curso imposible, era precisamente lo que yo necesitaba en ese momento. Decir que un curso de griego le puede cambiar a uno la vida puede sonar exagerado, pero fue exactamente lo que a mí me sucedió.

Fue también en este momento cuando tuve la oportunidad de pasar más tiempo con Antonio, pues al final de cada clase lo llevaba a su hotel. En esos trayectos, como me había impuesto evitar hablar de los temas de clase —pues me parecía que era una forma injusta de explotación del profesor invitado—, pude hablar con él de todos los temas imaginables, desde cómo comprar algo en un mercado, el tipo de corrientes pictóricas o literarias que prefería, hasta el posible tema en el que pensaba que podía trabajar en la tesis. Nada parecía serle ajeno, todo le interesaba y comencé a preguntarme si había algo que no hubiera leído, si había algo de lo que no su-

piera o por lo que no mostrara interés. Mi eterno problema, el interesarme por cosas disímbolas —que era lo que me había llevado al estado de confusión en el que me encontraba—, viéndolo con los ojos de Antonio, parecía algo natural; es más, deseable.

Al final del curso me dio su dirección de correo electrónico, una cosa muy novedosa en ese momento, y yo prometí escribir, aunque no pensaba que él me respondiera; en ese momento, él era para mí como un cometa que probablemente volvería a deslumbrarnos en una fecha por determinar. La idea de que contestaría a mi correo —como puntualmente lo hizo— no entraba dentro de mis expectativas.

Cinco años más tarde volvió a presentarse en México con el curso *Esencia y objeto de la Retórica*. Una vez más yo estaba en muy mala forma, pues no lograba encontrar un hilo que uniera los temas de la tesis, los meses se habían transformado en años y parecía que una vez más había llegado a un punto muerto. Extrañamente, una vez más el curso era exactamente lo que necesitaba, lo que había buscado, pero que no había logrado encontrar; una vez más, Antonio se presentaba y de un plumazo terminaba con todos mis problemas. En unos 15 minutos estructuró la tesis y resolvió lo que en años no había podido resolver. A finales de ese año había terminado y decidido dedicarme al estudio de la filosofía antigua, de la retórica y de la estética.

En los años siguientes terminé la maestría —una vez más con su ayuda, esta vez a distancia— y pensé en hacer el doctorado. Era el año 2000 y había tenido la oportunidad de hacer una estancia en Grecia y pensé en pasar a Salamanca; mi idea era pedirle que fuera parte de mi comité tutorial, aunque no estaba segura que aceptara, pues el tutor principal era el doctor Ramón Xirau, con quien había trabajado por años y había sido designado por el posgrado en la UNAM. Si bien el tema que pensaba trabajar le pareció que no llenaba los requisitos de una tesis doctoral y me propuso que trabajara Aristóteles, me aseguró que lo haría muy bien, que él sabía que yo era muy inteligente y que la tesis sería “una cosa bonita y bien hecha”. Al final no trabajé Aristóteles, ya que se había atravesado en mi camino Policleto de Argos y,

cediendo a la seducción de un tema que a mí me decía mucho, le escribí para comentarle del cambio, con la idea de que, si él no aceptaba, continuaría con Aristóteles. A pesar de mis temores Antonio parecía muy dispuesto a trabajar conmigo un tema que me entusiasmaba y parecía estar en sintonía con sus preocupaciones por la estructura del discurso retórico y poético. De este modo, dio inicio una relación curiosa que supongo lo ha de haber hecho sonreír más de una vez; los muchos trámites burocráticos, la enorme cantidad de informes, cartas y firmas que se necesitan cotidianamente en el programa de doctorado en filosofía en la UNAM, pueden exasperar a cualquiera. Sin embargo, Antonio firmaba las cartas, enviaba los faxes y me decía que no me preocupara por esas tonterías.

Hacia 2002 se presentó la oportunidad de hacer una estancia en Salamanca, me pareció que era una oportunidad para trabajar más cerca de él, por lo que le pedí su ayuda, pero me contestó que no podía recibirme. No me atreví a preguntarle por qué y pensé que, tal vez sin saberlo, había cometido una falta terrible. No obstante, todo siguió su curso, los semestres pasaban y los faxes continuaban llegando. Finalmente, en 2003 mi esposo me persuadió para que tomara una estancia de investigación en Perugia con el doctor Livio Rossetti, quien también se interesaba en el tema de mi tesis. Debo decir que encontré sorprendente el apoyo de Antonio, y me preguntaba por qué Salamanca no, pero Perugia sí. A finales de 2004, tuve todas mis respuestas. Pasé por Salamanca a saludarlo, a resolver dudas y saber si estaría en el examen doctoral; como siempre, en una tarde resolvió todo, y me llevó a cenar con el compromiso de no hablar más de la tesis; al salir de su oficina, parecía que en realidad estaba más por turismo que por estudio. En esos días, en una frase casual me dijo que Margarita (su esposa) había estado enferma y él también, pero que ya estaban bien. No me dio oportunidad de preguntar nada, pero agradezco la atención: era la aclaración que me faltaba, ésa era la razón de por qué Salamanca no.

A principios del año pasado me dijeron que Antonio vendría para el Congreso de Estudios Clásicos; pensé que era la oportunidad

que necesitaba para de una vez fijar la fecha y no dar más largas al asunto, pues no lograba concretar la tesis y múltiples problemas personales habían retrasado todo. Parecía que llegaba, una vez más, para solucionar todo, pero para que mi deseo fuera realidad tendría que terminar a medio año la tesis. A pesar y en contra de todo vaticinio, en agosto estaba terminando los trámites en el posgrado y en septiembre recibía a Antonio en el aeropuerto, con la tesis impresa en la mano. De todo lo que tuvo que hacer y firmar para complacer a nuestra burocracia universitaria, simplemente hizo un comentario: “increíble, sois más complicados que en Francia” — en donde había estado recientemente en otro examen doctoral. Mis preocupaciones al final fueron que la tesis no lo decepcionara, que fuera esa “cosa bonita y bien hecha” que deseaba, que la redacción fuera clara, la bibliografía suficiente y la argumentación contundente y elegante, que sintiera que lo que habíamos hablado estaba ahí. Al final, cuando dijo que estaba bien y la presentó en el examen, me pareció que se sentía contento del trabajo y de haber participado en él.

En esos mismos días me comentó la maravilla que era Wittgenstein, y apenas me dejó ver lo que ya proyectaba hacer; era evidente que hablaría del discurso y sus determinaciones, criticando la idea de que todo contenido sea matematizable. Nada de combinatoria universal para Antonio, pero sí mucho de retórica y algo más, que esperaba concretar y escribir próximamente. Yo no había pensado esos problemas en esos términos, pero me pareció acertado y justo, además de profundamente interesante. Yo, por mi lado, quería ceder a la tentación de Homero, cosa que le pareció muy graciosa, pero en la que prometió ayudarme, si es que tenía, como siempre en mi caso, problemas insolubles.

Nunca había conocido a alguien como Antonio, y si se puede hablar de sus grandes dotes como traductor y dentro del campo de la dialectología griega, la lingüística, la historia de la literatura, la retórica, la filosofía y la teoría de la comunicación, tampoco se puede dejar de lado su inmenso entusiasmo y generosidad sin límites. Esa personalidad arrolladora que seducía a propios y extraños, y que hacía de

cualquier tema algo accesible y comprensible. La amistad profesada aun a los que conocía poco, como es mi caso, la charla elocuente y apasionada, salpicada de oportunos comentarios cómicos. No conozco a nadie que pueda hablar como él.

He pues podido hablar de sus logros, pero creo que no podría sino repetir lo que seguramente ya han hecho otros mucho mejor que yo. Como he dicho, Antonio me ayudó en momentos difíciles, simplemente por el hecho de ser como era. Mi agradecimiento fervoroso, le parecía algo exagerado, y desde su perspectiva es probable que así fuera, pero desde la mía lo que hizo no lo hubiera podido hacer nadie.

Alicia Montemayor García